

# ELEMENTOS DE CONSCIENTIZACION SOCIO-POLITICA EN LOS CURRÍCULA DE LAS UNIVERSIDADES

## ALGUNAS REFLEXIONES PARA SITUAR LA DISCUSION\*

### 1.—Realidad socio-política de las Universidades Centroamericanas.

La imagen del sabio filósofo que, caminando abstraído en sus reflexiones, cae en un hoyo del camino, es una imagen pasada de moda. Sin embargo, muchos de nosotros, universitarios centroamericanos, corremos el peligro de caer en el hoyo de nuestras abstracciones. Nuestra misma calidad de universitarios, mejores o peores, pero universitarios, nos aleja vivencialmente de las estructuras que condicionan y determinan más en profundidad a nuestros pueblos, así como nuestro quehacer cotidiano, de corte teórico en su mayoría, nos ubica en un estrato psicológico nada popular.

De ahí la necesidad de hacer un esfuerzo especial por resituarnos, ya que no existencialmente, al menos teóricamente, en la áspera realidad del hombre centroamericano. Una realidad hecha de negaciones, carencias, presiones incontroladas y fuerzas incontrolables. Una realidad pletórica de vida, pero una vida preñada de muerte. Realidad profundamente contradictoria y, por tanto, en ebullición.

Se han empleado muchos adjetivos para calificar la realidad de nuestras sociedades: subdesarrollo, marginación, opresión, dependencia. Cada uno de estos términos comporta una visión de nuestra realidad que, sin negar necesariamente otros aspectos, hace énfasis en una condición estructural considerada como más peculiar. El teórico del desarrollo insistirá en la deficiente capacidad productiva, la pobreza del país, y usará indicadores comparativos del producto nacional bruto, la renta per cápita, el grado de analfabetismo, el número de camas de los hospitales, etc. subrayando en todos ellos el bajo nivel alcanzado. El teórico de la marginación insistirá en que esta pobreza corresponde únicamente a un sector de la población, sector mayoritario, no integrado a los beneficios de ningún tipo que ofrece la moderna civilización. El teórico de la opresión subrayará, a su vez, que esta marginación no es simplemente un estado de apartamiento, sino que es un estado mutuamente causado, es decir, que los integrados se apoyan en los marginados, y éstos lo son porque aquellos les explotan, oprimen y reprimen. Finalmente, el teórico de la dependencia subrayará que esta situación que se da interiormente en nuestros países es apenas una reproducción a escala nacional de la

\* Ponencia presentada a la II Reunión de Académicos FUPAC, que tuvo lugar en San José, Costa Rica, del 23 al 27 de septiembre de 1974.

realidad a escala internacional, que la opresión interna reproduce la opresión externa que los países ricos ejercen sobre los países pobres, y que esta estructura de opresión y dependencia, se ha ido generando en una historia de subordinación de los unos a los intereses y dictámenes de los otros.

No vamos a entrar aquí en un debate acerca de estas teorías. Nos basta con haberlas señalado para traer a nuestro recuerdo el contexto de nuestra realidad social. Y la imagen de esta realidad social, tal como nos la presentan estas interpretaciones, ofrece los siguientes rasgos:

1.—La nuestra es, ante todo, una **realidad trágica**. Ni los datos más optimistas ni las explicaciones más ideológicamente viciadas consiguen ocultar la situación de inhumanidad e injusticia en que se debaten nuestras sociedades. Mientras no se conozca y reconozca la catástrofe de unas sociedades en las que la gran mayoría se encuentra en un estado de perpetua emergencia vital, todo lo demás está por lo mismo desenfocado y carece de cualquier viso de realidad.

2.—En segundo lugar, esta situación catastrófica es, además, una **situación conflictiva**. El conflicto define a nuestra sociedad en todos sus estratos y niveles, en todos sus aspectos. Conflicto racial, conflicto económico, conflicto político, conflicto cultural, conflicto, en pocas palabras, histórico. La entraña de nuestro ser es conflictiva, pero lo es, sobre todo, la entraña de nuestro devenir. Es absurdo querer permanecer al margen de este conflicto: la propia situación nos hace optar a espaldas e, incluso, contra nuestra voluntad y deseo. O se opta consciente y reflejamente, o la opción de nuestra vida se realiza sin que ni siquiera caigamos en la cuenta de ello. Pero, en cualquier caso, nuestra vida y nuestra acción se inscribe en uno de los dos sectores contendientes. No hay marginados frente al conflicto social; hay, sencillamente, contendores abiertos y contendores solapados, luchadores convencidos y tontos útiles. Demasiadas veces, y más por ingenuidad que por mala voluntad, los universitarios formamos parte de este último grupo. Todos estamos comprometidos: resta saber por quién.

3.—En tercer lugar, nuestra sociedad, trágica y conflictiva, se encuentra en un **estado de alienación** humana, es decir, un estado en el que ni se es dueño de sí mismo, de su propio destino, ni ese ser-para-otro es el resultado de una opción, sino de una imposición. Así, nuestra sociedad no sólo se encuentra enajenada respecto a su propio ser, sino que, por lo mismo, enajena la vida y hacer de todos aquellos que la constituyen. Esto se puede aplicar tanto a individuos como a instituciones.

4.—Finalmente, de lo dicho se infiere que la **verdad** de nuestra sociedad no se encuentra ni en su pasado ni en su presente, sino sólo en **su futuro**. En el futuro y —como dirá Dussel— en el otro. Es la alteridad respecto a nuestra existencia actual, la alteridad escondida en el pueblo, en su destino y en su cultura, todo aquello que hoy niega nuestra realidad, la única opción válida que se nos abre como una inmenso reto teórico. Por supuesto, será un absurdo pretender forjar ese futuro a partir del olvido. Necesitamos memoria, una clarividente memoria histórica, para percibir precisamente todo aquello que ha bloqueado, oprimido y aplastado a nuestro pueblo. Pero, frente a todos los interesados, sostenemos que Centroamérica y América Latina toda tienen la verdad de sus pueblos en el futuro y sólo en él.

En el contexto de esta sociedad, las Universidades constituyen, de hecho, un pilar básico del sistema. No digo nada nuevo al afirmar que

nuestras Universidades centroamericanas, tanto las nacionales como las privadas (aunque quizá con distinciones y matices), constituyen un eficaz instrumento para el fortalecimiento y la perpetuación del sistema imperante, así como un desagüadero de burócratas mediocres.

Resumiendo mucho, y sólo como un posible enfoque, se pueden señalar dos modos primordiales como nuestras Universidades sirven al sistema: mediante la penetración cultural y mediante el mandarinismo tecnocrático.

Por **penetración cultural** entiendo aquí todas aquellas actividades universitarias en las que, frente a nuestra realidad, se emplean esquemas de comprensión, planteamientos, enfoques, sistemas y soluciones ajenos que, de una forma acrítica, consagran nuestra situación de dependencia histórico-estructural. No se trata de adaptar mejor o peor a nuestros problemas el pensamiento y la ciencia ajenas. Se trata de que el punto de partida es radicalmente falso. Cuando se arranca de la ciencia prefabricada, es decir, fabricada en otro lugar, y no del examen de nuestros problemas, todo el desarrollo se encuentra ya, por lo mismo, viciado. Esto no quiere decir que tuviéramos que generar desde cero una ciencia o una técnica propia; esto quiere decir, mucho más simplemente, que una ciencia no encarnada es una ciencia alienada, y que la encarnación no se logra enfocando nuestra realidad con esquemas ya preparados, sino pidiendo respuestas o ayuda a la ciencia (o a la técnica), a partir de nuestra realidad vivida como pregunta lacerante. Es muy distinto ir a la ciencia desde nuestra realidad, que ir a nuestra realidad desde la ciencia ya hecha. Cambia el signo de la subordinación, de cuál es el medio y cuál el fin, cuál el punto de partida y cuál el objetivo. En otras palabras, cambia radicalmente el horizonte que da sentido al quehacer científico concreto. En un caso, se trata de una forma de imperialismo cultural más o menos solapado; sólo en el otro caso nos hallamos ante un esfuerzo sincero de ciencia con conciencia y, por tanto, de un trabajo de creación cultural autónoma.

Pues bien, en su mayoría, el trabajo que realizan nuestras Universidades centroamericanas es, para vergüenza nuestra, un trabajo de penetración y no un trabajo de creación cultura. No es el objetivo de esta ponencia mostrar esa afirmación, pero es un presupuesto en el que se funda toda ella. Precisamente porque se da este trabajo de penetración cultural nuestras sociedades son y se entienden a sí mismas cada vez de una manera más connatural como dependientes. Lo cual no se explicaría, al menos adecuadamente, si no fuera por todo este trabajo profundo de quinta columna cultural realizado por la Universidad. La mejor prueba es, pues, una vez más, la realidad misma.

El otro medio de fortalecimiento y perpetuación del sistema que usa la Universidad (o que la sociedad emplea por medio de la Universidad) lo constituye el **mandarinismo tecnocrático**.

Por tecnocracia entiendo aquí con Roszak "esa forma social en la cual una sociedad industrial alcanza la cumbre de su integración organizativa"; en ella "todo aspira a ser puramente técnico, todo está sujeto a un tratamiento profesional". Según el mismo Roszak, el gran secreto de la tecnocracia, que hoy se vive en ciertas esferas como una especie de imperativo cultural, es su capacidad para convencernos de tres premisas relacionadas entre sí: a) "Que las necesidades vitales del hombre son de naturaleza técnica"; b) que el análisis (altamente esotérico) "de nuestras

necesidades ha alcanzado ya un noventa y nueve por ciento de perfección" y que, c) "los expertos que cuentan son los expertos bien certificados". La estrategia básica de la tecnocracia, siempre según el mismo Roszak, consistiría "en llevar la vida a un nivel rastrero que la técnica pueda controlar, y luego, sobre esta exclusiva y falsa base, proclamar una intimidatoria omnipotencia sobre nosotros gracias a su monopolio de expertos"<sup>1</sup>.

Por mandarínismo entiendo la consagración de un status social mantenedor de una serie de poderes que lo separan, distinguen y ponen por encima del resto de la sociedad. Para nuestro caso, el mandarínismo sería el de los técnicos.

Ahora bien, entre nosotros, el establecimiento de un mandarínato tecnocrático supone de hecho la consagración del clasismo social. Son ya abundantes los estudios que muestran con evidencia que la escuela —incluida la Universidad— en vez de socializar o democratizar nuestras sociedades, ofreciendo idénticas oportunidades a todos sus miembros, realiza de hecho un trabajo profundo de diferenciación social. Así, la pirámide escolar se superpone a la pirámide económica, que resulta fortalecida y potenciada. Las excepciones no hacen sino confirmar esta superposición piramidal, que se podría expresar en una correlación positiva casi perfecta.

La diferenciación clasista penetra hasta lo más profundo de las estructuras psicosociales mediante la transmisión e imposición de unos modelos sociales de estricto corte clasista; lo bueno, lo valioso, e, incluso, lo natural es todo aquello que en la realidad sirve para describir a las clases dominantes: raza, lengua, valores, costumbres, gustos.

Y entre la separación académica económica y el moldeamiento con esquemas y valores clasistas, acaba por transmitirse sutil, pero sólidamente, el convencimiento mítico de que las diferencias sociales no son más que la expresión lógica de las diferencias naturales. La sociedad no es más que la prolongación de la naturaleza, las diferencias sociales son prolongación de las diferencias genéticas y, por tanto, al individuo no le queda más que adaptarse a este "sabio orden" impuesto por la naturaleza y hasta quizá por el mismo Dios.

Ciertamente, nuestras Universidades constituyen el vértice de la institución escolar, y cumplen a la perfección con su cometido de sellar esa diferenciación clasista. Junto al título que los acredita como técnicos, la Universidad otorga a sus graduados el poder para incorporarse al mandarínato social, al club de los poderosos, a la secta de los privilegiados.

Mal que nos pese y, una vez más, con todos los matices y distinguos que se quiera, ésta es la realidad de nuestras Universidades centroamericanas. Realidad dolorosa, pero que necesitamos conocer y reconocer a fin de poder enfrentarla con honestidad para transformarla realmente al servicio de nuestro pueblo. ¿Cómo hablar de concientización socio-política si no tenemos conciencia ni de quiénes somos, ni de a quién servimos? Nuestra ubicación es necesaria, y sólo una vez realizada podemos preguntarnos cómo inventar un trabajo de concientización en y con nuestro pueblo.

---

<sup>1</sup> Roszak, T. *El nacimiento de una contracultura*. Trad. castellana. Barcelona: Ed. Kairos, 1970. Pgs. 19-26.

## 2.—La conscientización socio-política.

Se ha hablado tanto en estos últimos tiempos del proceso de la conscientización, que la sola mención del término basta para actualizar en nuestra mente su significado e implicaciones. Sin embargo, como no siempre el término se utiliza en el mismo sentido y como —lo que es más grave— se ha producido una asimilación del término por parte de nuestra sociedad, hasta el punto de quitarle toda su revolucionaria negatividad (en el sentido dialéctico expuesto por Marcuse), permítaseme resumir en tres puntos lo que, en mi opinión, constituyen las características esenciales de un auténtico proceso conscientizador. Sintetizo estos tres puntos afirmando que la conscientización es un proceso psicológico y social. Claro que lo importante es ver qué se quiere decir con proceso, y en qué consiste este proceso tanto en el orden psicológico como en el orden social.

Decimos, ante todo, que la conscientización es un **proceso**. Conscientización no es, por tanto, un dato, ni mucho menos un estado; ni siquiera una situación personal. Conscientización es el movimiento dialéctico, personal y comunitario, del hombre frente a la realidad histórica en sus dimensiones esenciales. Conscientización es movimiento, dinámica, cambio. La conscientización no es un ser, sino un devenir. Un devenir, cuyo ser surge dialécticamente de la reflexión y de la praxis que va ejerciendo el hombre frente al hombre, pero, sobre todo, junto al hombre y frente a la naturaleza. Parece importante subrayar este aspecto dinámico de la conscientización a fin de desenmascarar ciertos intentos de mitificación mágica del término. Conscientización es un proceso y, en la práctica, un proceso que implica movimiento y, lo que es más, conflicto. Si nuestra sociedad es conflictiva sólo a través del conflicto, doloroso las más de las veces, se puede realizar ese devenir que es la nueva conciencia operativa de una sociedad nueva.

En segundo lugar, la conscientización es un proceso **psicológico**, es decir, un proceso actualizado y sufrido por las personas en su más profundo ser psíquico. Por el proceso de la conscientización, la persona va forjando una nueva conciencia de su propia realidad frente al mundo, entendido éste en un sentido muy amplio. La persona se va sabiendo a sí mismo sabiendo a su mundo. Este ir sabiendo y sabiéndose no es un proceso meramente pasivo, sino primordialmente activo. Recordemos: la conscientización se constituye en la dialéctica de praxis y reflexión que enfrenta a hombre y mundo. Proceso de transformación activa del mundo, transformación refleja del hombre. La psicología sabe muy bien que, a partir de ciertos datos transmitidos genéticamente, el hombre se hace en lo que él hace al medio y en lo que el medio le hace a él. Piaget ha mostrado con nitidez cómo las estructuras de la inteligencia se van forjando a partir de los esquemas reflejos y sensomotores más elementales, a través de los cuales el individuo inicia su interacción con el medio ambiente<sup>2</sup>. El mismo Skinner, con todo y su mecanización tecnológica del psiquismo, hace depender los hábitos y comportamientos de los refuerzos del medio, es decir, de aquellas transformaciones que la acción del individuo opera en el medio. En otras palabras, lo que el individuo llega a ser depende, fundamentalmente, de aquello que

---

2 Sin embargo, es posible que Piaget caiga en un isomorfismo biopsíquico algo reductivo, al menos respecto a la novedad generada históricamente por distintas sociedades y culturas.

su hacer logra realizar en el medio<sup>3</sup>. Pues bien, la conscientización implica una transformación muy radical del individuo humano, una conciencia refleja y operativa, que va surgiendo de ese proceso dialéctico entre el hombre y el mundo.

Finalmente, la conscientización es un proceso **social**. Cabría decir que es un proceso psico-social siempre que la unión de los dos términos no implicara un reduccionismo ni psicológico ni sociológico. En mi opinión, la conscientización es, estructuralmente, un proceso social antes que psíquico. Creo que aquí se cifra una de las grandes reducciones que se han operado de hecho en el concepto de conscientización, reducción abiertamente castrante. El proceso de la conscientización es social, no sólo en cuanto que la conciencia personal sólo tiene sentido como dimensión fundamentalmente social— es decir, en una comunidad de personas y frente al mundo de esa comunidad—, sino en cuanto que el sujeto de la conscientización es ante todo y muy en primer lugar una comunidad, un pueblo. Cuando Freire insiste una y otra vez en que nadie educa a nadie, sino que nos aducamos mutuamente en un quehacer de transformación de la naturaleza, está claramente implicando que este proceso de formación es un proceso comunitario, que el sujeto de la transformación refleja es la comunidad. Si bien entiendo, esta comprensión social de la comunidad como sujeto de la conscientización está fundada en el concepto marxista del “máximo de conciencia posible” (Zugerechte Bewusstsein). Cada situación social, la estructura de cada grupo sólo permite a los componentes de ese grupo un determinado grado de conciencia. Romper esos límites implica romper la estructura del grupo, en la medida en que cada grupo sólo puede alcanzar aquél conocimiento de la realidad que es compatible con su propia existencia como grupo. Tocamos aquí uno de los aspectos más fundamentales del proceso de la conscientización: sin transformación del grupo no hay progreso posible de la conciencia, aunque, como lo realidad nos muestra cada día, muchos grupos ni siquiera han alcanzado aquél grado de conciencia máximo compatible con su estructura actual. En todo caso, es importante subrayar que el proceso de la conscientización es, ante todo, un proceso grupal y, en el mejor de los sentidos, un proceso comunitario. Conscientización implica socialización e implica culturación, no en sentido adaptativo-acomodacionista, sino en sentido creativo y revolucionario.

El carácter necesaria y fundamentalmente social del proceso de la conscientización nos lleva de la mano a la afirmación de que todo proceso de conscientización es, por esencia, un **proceso político**. La conscientización o es conscientización política o no es conscientización. Y esto no sólo en el sentido elemental de que la dinámica de la conscientización lleva necesariamente a una opción política, querida o aceptada. Esto es innegable y los ejemplos históricos no nos permiten ninguna ambigüedad al respecto; la politización final de la conscientización podría incluso ser tomada como criterio de la veracidad de un determinado proceso conscientizador, así como el conflicto con los poderosos fue señalado por Jesús de Nazareth como criterio práctico de la autenticidad o falsedad de sus seguidores. Sin embargo, afirmar que la conscientización es necesariamente política no se reduce a este sentido.

---

3 Cada vez encuentro más insatisfactoria y desorientadora la división (aun verbal) entre herencia y medio. Creo con Séve que hay que replantearse este problema a la luz de la *Sexta Tesis sobre Feuerbach*, de Marx, lo cual no sólo fortalece lo que estamos diciendo, sino que le da sus verdaderas dimensiones.

Es una verdad elemental afirmar que lo político constituye una dimensión básica de la realidad humana, y eso tanto si se toma el término en el sentido amplio de organización, interdependencia e interacción ciudadana, como si se emplea en el sentido más restringido de orientación, determinación y ejecución de los destinos de una sociedad o grupo social. Ambos aspectos son esenciales al ser humano, porque propio del hombre es devenir en una historia a través de una organización que persigue unos fines. Y esto, esto que precisamente apunta a los aspectos últimos más importantes de nuestro ser, esto es la dimensión política. Aunque aquello a lo que normalmente llamamos "política" apenas se mueve en el terreno de unos engranajes concretos, en el fondo es lo político lo que está en juego, tanto si se reconoce como si no. Bien conscientes son de ello los grandes intereses económicos que pululan por nuestras naciones, que en ningún momento desprecian el ámbito de la política, aunque sus presiones principales se ejerzan en el estrato más fundamental de lo político (estructuras y factores determinantes de la vida de la sociedad).

Si lo político es, pues, una dimensión esencial de la realidad humana, la conscientización será un simple mecanismo ideológico cuando no incida inmediata y directamente sobre ella. En este sentido, se puede afirmar que la ignorancia de lo político es la negación del proceso conscientizador. ¿Qué conciencia sería aquella que ocultara o separara al hombre y a la comunidad precisamente de aquellas fuerzas, factores, mecanismos y estructuras que determinan la organización de su vida y la dirección de su destino? La ignorancia más peligrosa es la del que se cree saber. De manera similar, una conscientización que hiciera abstracción de los elementos políticos, sería una conscientización de zoológico, peligroso artificio para mantener y agudizar la dependencia y la opresión. Cuando Marcuse señala la capacidad asimiladora del actual sistema, en cierto modo está señalando un peligro que acecha, no sólo a aquellas realidades que surgen precisamente como producto directo del sistema, sino, principalmente, a aquellas que nacen con la mejor voluntad de transformarlo e, incluso, de revolucionarlo. En este peligro ha caído en poco tiempo la conscientización, y hoy hablan de conscientización los gobiernos dictatoriales, los periódicos de la SIP, los Boys Scouts y hasta los Alcohólicos Anónimos.

Un punto importante acerca de la conscientización es su conexión con la liberación. Conscientización y liberación son dos conceptos que explican aspectos diferentes de una misma realidad. Cabe decir con igual verdad tanto que la conscientización debe ser liberadora como que toda liberación es conscientizadora.

Ya hemos indicado que un proceso de conscientización no es un simple tomar conciencia de un dato, sino que es un proceso de cambio, de transformación activa y pasiva. Esto quiere decir, que la flecha de la conscientización, aunque arranca de las raíces del pasado histórico, apunta fundamentalmente a forjar un futuro nuevo y diferente, un futuro cuya imagen no puede sino definirse negativamente. Es precisamente la comunidad en proceso de conscientización la que —en el encuentro del hacer y del pensar— va dibujando un **proyecto histórico nuevo**: una nueva conciencia va proyectando una nueva imagen de la comunidad. Ahora bien, todo proyecto histórico que no implique la radical libertad de un pueblo no es un proyecto auténtico. Y no mitifiquemos el concepto de libertad: la libertad se expresa y se realiza históricamente en libertades concretas, y las libertades se obtienen a través de un proceso de liberación. Por ello, una conscientización que no desencadena las fuerzas liberadoras es una falsa conscien-

tización. Precisamente por ello señalábamos antes que la conscientización debe ser esencialmente política. Conscientización y liberación son procesos imbricados, que configuran la espina dorsal del devenir histórico de un pueblo hacia su autenticidad.

### **3.—Mecanismos conscientizadores en la Universidad.**

Desde esta perspectiva de lo que es nuestra sociedad, de lo que la Universidad es, representa y realiza en su interior y de lo que es la conscientización, podemos ya preguntarnos con realismo cuáles son los mecanismos que pueden permitir un proceso de conscientización en la Universidad. El análisis que vamos a realizar presupone una concepción de la Universidad que se define por una opción por la liberación total de nuestros pueblos, mediante un quehacer científico de investigación, de docencia y de proyección social. La operacionalidad de esta opción universitaria entraña el peligro de desvirtuar su radicalidad. Sin embargo, es necesario correr ese peligro, eso sí, estableciendo también aquellos mecanismos de continua evaluación crítica que permitan modificar flexiblemente los objetivos, de acuerdo con los requisitos y coyunturas históricas. No descender a la concreción es uno de los más peligrosos engaños ideológicos: es fácil aceptar los conceptos y teorías cuando no pasan de ser eso, abstracciones. Rehuir lo concreto, so capa de purismo, es una forma de escapismo intelectual y de dogmatismo inútil. La liberación, es verdad, no se reduce a descender a la calle o a la vida cotidiana; pero no habrá liberación mientras no exista una acción concreta en la calle y en la vida cotidiana.

Podemos distinguir dos tipos de mecanismos que pueden operar en el ámbito y quehacer universitario con fines de conscientización: unos complementarios, los otros, estructurales.

#### **3.1.—Mecanismos complementarios.**

Entiendo por mecanismos complementarios aquellos medios prácticos que tratan de suplir o llenar las deficiencias o vacíos producidos o dejados en la realización de los objetivos que la Universidad se propone. Se trata, por consiguiente de terminar por adición aquello que ha quedado supuestamente inacabado tras el completamiento de los esquemas académicos básicos. Para nuestro caso, se trataría de suplir o llenar las deficiencias o vacíos respecto a la conscientización socio-política que trata de proporcionar la Universidad.

La ventaja de los mecanismos complementarios se cifra en que, de alguna manera, pasan a engrosar el cuerpo del quehacer académico. Quizá por la puerta del servicio —y qué significa esta expresión!— pero, a fin de cuentas, entran en la óptica de las exigencias y trabajo universitario. Por otro lado, correctamente aplicados, estos mecanismos pueden influir de una manera muy decisiva en el estudiante, que se convertirá en un amplificador respecto al resto del trabajo académico de las demandas que el horizonte abierto por la conscientización señala.

El gran inconveniente de los mecanismos complementarios es su marginalidad, con todo lo que esto supone. De hecho, la práctica muestra que los mecanismos complementarios reciben una valoración muy secundaria, tanto por parte de los profesores como por parte de la gran mayoría de estudiantes y no digamos por parte de los administrativos. Esta marginación los va depreciando, no sólo en su utilidad extrínseca, sino en su importancia intrínseca, de tal manera que se produce respecto a ellos una

ruptura estimativa: no forman parte de la "ciencia", de lo que importa, sino que son aditamentos, algo así como entretenimientos para los ratos libres.

La marginalidad de los mecanismos complementarios comporta aún otro peligro: el de que sirvan como mecanismo justificador para con el resto de la labor universitaria. En otras palabras, su mera existencia se considera suficiente para dejar intacto el esquema y sentido del restante quehacer universitario. Dicho en lenguaje popular, como ya hemos puesto una vela a Dios, podemos seguir manteniendo nuestro culto permanente al diablo. Es algo así como la teoría de la caridad de aquellos cristianos ricos, que consuelan su inmoralidad económica dando limosna todos los fines de semana. Así, al existir los mecanismos complementarios, el resto de las actividades académicas —"lo que realmente importa"— puede mantener su sentido enajenador y fortalecedor del sistema.

Más aún, los mecanismos complementarios ofrecen el inconveniente de no llegar a todos, ni llegar con suficiente intensidad. Por otro lado, se basan en el falso presupuesto de que la adición suple las deficiencias. De hecho, sumar nuevas actividades —sin cambiar ninguna— sólo produce un efecto de mutua devaluación, con lo que el trabajo universitario se mantiene a un nivel superficial, que en modo alguno permite la captación crítica conscientizadora.

El mecanismo complementario más común es el de añadir  **cursos específicos**. Este ha sido el típico estilo de las escuelas y Universidades supuestamente cristianas, que han añadido un curso de doctrina social de la Iglesia o algo semejante como requisito curricular. Las escuelas de corte laico han solido incluir un curso de problemas sociológicos, de materialismo dialéctico o algo por el estilo. Enfocados hacia la conscientización, estos cursos tratarían de suministrar unos conocimientos sobre la realidad, sobre los problemas ambientales, que sirvieran de marco de referencia al resto de las disciplinas y trabajos académicos. De hecho, rara vez estos cursos ejercen un influjo duradero sobre el estudiantado —aunque se dan excepciones. Las más de las veces levantan una pequeña inquietud que, al estar divorciada del cuerpo formativo, lo más que logra es generar un ámbito marginal de preocupación "social", en perfecta y ubicada esquizofrenia. En este sentido, no se conscientiza la personalidad central, sino que se crea un "rincón anímico" de inquietud, algo así como una vena anímica que responderá a determinados estímulos ambientales: catástrofes, espectáculos conmovedores, predicadores circunstanciales, determinado movimiento de reivindicación salarial, etc.

Otro tipo de mecanismos complementarios es el llamado  **servicio social**, a veces —como en El Salvador— exigido por la ley como requisito indispensable para la obtención del grado académico. El servicio social es concebido como un tiempo dedicado a la práctica de la profesión en que el individuo se ha formado para con los sectores supuestamente más necesitados de la sociedad. En el concepto mismo de servicio social va incluido su carácter de no lucrativo, en cuanto que debe ser prestado gratuitamente o con un cobro mínimo, para satisfacer las necesidades básicas del profesional.

El servicio social puede ser realizado después de la carrera o durante ella. Obviamente, cuando se realiza después de la carrera el servicio es más completo y más competente, es decir, es un servicio más valioso. Ahora bien, como mecanismo complementario de conscientización el servicio

social tras la carrera en nada afecta a ésta y sólo como una instancia posterior y crítica puede ejercer su influjo. Las más de las veces, como el profesional accede ya a su servicio social con sus esquemas totalmente estructurados, el posible impacto de la realidad con la que entre en contacto es captado ya de una forma prejuiciada y a través de un filtro perceptivo, lo que vuelve este impacto superficial, pasajero y, en definitiva, ineficaz. Por otro lado, la experiencia prueba hasta la saciedad que el servicio social tras la carrera suele hacerse inviable —ya sea por el lastre subjetivo de los universitarios egresados, ya sea por el lastre objetivo de la misma organización social, sobre todo de los colegios profesionales, que bloquean cualquier práctica competitiva que no persiga el mismo lucro que ellos se han trazado como mínimo. El caso es que, como acaba de mostrar una vez más la Universidad nacional de El Salvador, el profesional acaba por recibir su diploma sin haber realizado ni siquiera un amago de servicio social.

Cuando el servicio social se realiza durante la carrera tiene la desventaja de que el estudiante no domina todavía la complejidad científico-técnica de su especialidad y, por consiguiente, su servicio es más incompleto y deficiente. Ahora bien, el servicio social realizado a lo largo de la carrera presenta la ventaja, no sólo de una viabilidad mucho mayor, sino de un influjo cuestionador y continuo sobre el resto del quehacer académico. Un trabajo parcial pero continuo en las áreas más sufrientes de nuestra realidad comporta un cuestionamiento muy profundo del verdadero valor, significación e importancia del resto de estudios y trabajos. En otras palabras, un servicio social a lo largo de la carrera hace posible un proceso conscientizador en el estudiante que, a la larga, puede revertir sobre todo el profesorado, sobre las materias estudiadas y, en definitiva, sobre todo el trabajo universitario. Diríamos que, de este modo, como que se abre un camino para la liberación de la misma Universidad respecto a sus esquemas prefabricados y a sus condicionamientos enajenantes.

Sin embargo, conviene mantener un cierto escepticismo respecto al valor conscientizador que pueda tener el servicio social. Por lo menos, el que puede tener aislado. Fuera de los inconvenientes señalados para todos los mecanismos complementarios, el servicio social implica hasta cierto punto la idea de que el estudiante debe satisfacer una cuota de servicio y que, una vez satisfecha, puede volcar su profesión al lucro personal. En otras palabras, parecería que el servicio social comporta un contrato y que, una vez cumplido, el individuo ya no tiene obligación alguna de servir a la sociedad. En este sentido, no sólo está de por medio un gravísimo prejuicio temporal, sino también una concepción esquizoide que reduce lo social a un simple sector o aspecto de la realidad. Sucede también aquí el mismo fenómeno de desajuste perceptivo que en la caridad mal entendida de ciertos cristianos: "caridad es dar limosna al pobre", así sea a espaldas de la justicia más elemental. Lo social sería, pues, aquí, la pobreza aislada de ciertos sectores, y no una característica estructural de nuestra sociedad. Obviamente, el servicio social así comprendido comporta una gravísima instancia de justificación al ejercicio profesional tal como se ejerce en nuestro medio —es decir, a espaldas de la más elemental justicia para con el pueblo, y fortaleciendo un estado de opresión estructural.

El último de los mecanismos complementarios que podemos señalar es el de todas aquellas **actividades para-escolares**, generalmente promovidas por mecanismos especialmente designados para ello. Las más comunes de estas actividades son los diversos tipos de organizaciones y movimientos estudiantiles, ciclos de conferencias, mesas redondas, simposia,

publicaciones de todo tipo, etc. Con respecto a su capacidad conscientizadora presentan la enorme ventaja de que, quienes acceden a ellas, lo hacen libremente y, por tanto, en el contexto de una dinámica mucho más espontánea y creativa. Supuestos los muchos límites con que suelen topar este tipo de actividades, es innegable que carece de las trabas administrativas que suelen entorpecer la dinámica propia de una actividad conscientizadora. En este sentido, muchas veces un estudiante recibe un aporte más clarificador a través de su pequeño quehacer en un movimiento estudiantil, que en largas y pesadas horas de clase, laboratorios y exámenes. No es raro que una mesa redonda sobre un problema de palpitable actualidad en el país proyecte una ráfaga de luz más iluminadora para la conciencia del universitario que los más ponderados y afamados textos al estilo del Samuelson.

Ahora bien, los mecanismos para-escolares representan el gravísimo inconveniente de la marginalidad. Todo lo que se ha dicho antes a este respecto se aplica aquí en su grado máximo. Los currícula universitaria bajo ningún aspecto toman en cuenta las actividades para-escolares. No sólo no las toman en cuenta, sino que frecuentemente se oponen a ellas y hasta las torpedean intencionadamente. Por otro lado, las organizaciones estudiantiles que, sin duda alguna, suministran el mecanismo para-escolar más eficaz a los efectos de la conscientización, presentan el peligro de desencadenar lo que pudiéramos llamar el "engaño paranoide", es decir un comportamiento pseudo-revolucionario, cuya única dinámica surge de la misma estructura y peculiaridad del grupo estudiantil, pero que no tiene ninguna raigambre en la realidad social. El estudiante es, entonces, un "revolucionario" mientras forma parte de estos grupos, pero deja de serlo en el momento en que recibe su título o su primer sueldo. El engaño paranoide puede conducir a posturas extremistas frente a la formación académica que en nada hacen posible un cambio. En la fuerza conscientizadora de estas organizaciones estudiantiles está pues también su debilidad: su falta de compromisos con la sociedad establecida les da una notable libertad de acción, así como la carencia de preocupaciones económicas por parte de la mayoría de sus miembros les permite adoptar posturas extremadamente críticas. Pero esta libertad y espíritu crítico no tienen más raigambre que la temporalidad del estado estudiantil. Cabe preguntarse si, mientras son eficaces, permiten un grado tal de conscientización que grabe definitivamente la vida de las personas. Mi respuesta personal es, a este respecto, negativa, si se considera este mecanismo por sí solo. Pero, aún así, no cabe ninguna duda que ofrece elementos nada despreciables respecto a una labor de conjunto y, ciertamente, presenta aportes generadores de coyunturas personales y grupales que pueden ser importantes en un determinado momento histórico.

### **3.2.—Mecanismos estructurales.**

Entiendo por mecanismos estructurales aquellos medios que, como parte esencial del quehacer de la Universidad, persiguen determinados objetivos. Los mecanismos estructurales son determinantes respecto a la organización y a la labor que se realiza en la Universidad, y constituyen, por así decirlo, su columna vertebral. En este sentido, son los mecanismos estructurales los que van a dar la medida de lo que realmente persigue la Universidad y, para nuestro caso, los que muestran si realmente buscan la conscientización y liberación de nuestros pueblos o no.

Obviamente, el primer mecanismo estructural respecto al quehacer

de la Universidad y, concretamente, al quehacer conscientizador es la **planificación**. O la conscientización entra ya entre los objetivos primarios a los que la planificación trata de responder o no. La planificación consiste en la determinación de aquellas políticas y planes a través de los cuales la Universidad trata de organizar y racionalizar su personal y sus recursos a fin de realizar lo más eficazmente posible sus objetivos.

La planificación requiere una "cabeza pensante", llámase Junta de Directores, Consejo Superior o la estructura equivalente en cada caso. Esta cabeza debe fijar los objetivos generales y los objetivos específicos, así como las estrategias y esquemas organizativos que, mediante la mejor utilización de los recursos disponibles, trate de llevarlos a la práctica. Uno de los puntos fundamentales respecto a la conscientización es quién constituye esta "cabeza pensante". No nos engañemos: si como cabeza tenemos a quienes, de alguna manera, constituyen la cabeza económica, política o social del país, difícilmente podemos esperar de ellos una planificación conscientizadora. Como cabeza hacen falta personas de excelente formación científica, ciertamente, pero, sobre todo, con un profundo conocimiento de los problemas del país y, si cabe, una todavía mayor radicalidad en su opción por el pueblo. En este sentido, en la cabeza tiene que haber hombres con capacidad y hasta con realizaciones en la investigación de problemas nacionales. Sólo este tipo de hombres puede poner en marcha una planificación que brote de las verdaderas necesidades de liberación del pueblo, y no una planificación que trata de responder a un espíritu asistencialista o desarrollista, es decir, una planificación en función del mantenimiento y potenciación de los intereses dominantes.

Podemos distinguir dos tipos de planificaciones: académica y presupuestaria. Digamos algo sobre ellas.

En primer lugar, la **planificación académica** debe partir de una clara opción ideológica. Es absurdo pretender un pluralismo apriorístico, a partir de la afirmación de que la Universidad debe ser universal. Este planteamiento universalista encierra una de las falacias más peligrosas, pues ignora la conflictividad de nuestra sociedad actual y pretende ignorar que la Universidad se encuentra enclavada en los dominios de los intereses opresores. Así, cuando nuestras Universidades pretenden ser universales, de hecho no son más que simples instrumentos en manos de los poderosos.

De modo que una planificación que se quiera conscientizadora y liberadora, debe partir de una opción abierta por los intereses del pueblo.

A partir de esos intereses, de esas necesidades del pueblo y de una evaluación de las posibilidades de la Universidad, deberán determinarse las carreras que la Universidad debe ofrecer, qué tipo de orientación tendrán esas carreras, así como los objetivos concretos a los que se piensa responder con ellas. En este aspecto, una planificación académica que se quiera conscientizadora debe precisar los currícula de cada carrera: qué materias deben estudiarse, en qué orden, con qué intensidad, etc. Si no se realiza este desglose práctico de los objetivos generales de la Universidad, los principios no pasarán de ser una palabrería, más o menos bella, pero inoperante. En esta determinación de carreras y de los currícula de cada carrera está uno de los principales mecanismos de posible conscientización o enajenación. Su importancia no se cifra sólo en su impacto en el estudiantado, sino, de una manera más primordial, en

la configuración del ser académico de la Universidad. Si una Universidad está tratando de responder a las necesidades de los dominantes o de los oprimidos puede deducirse con bastante precisión de un análisis objetivo de las carreras que ofrece, los currícula y su ponderación. Y, en este sentido, conviene evitar un peligro: muchas veces se confunden las necesidades del pueblo con la demanda y motivación del estudiantado. Hay que insistir en que el estudiantado que llega a las aulas universitarias representa fundamentalmente a la clase dominante del país y que, por tanto, sus demandas no son más que un eco de los intereses de esa clase dominante. Toda Universidad de corte desarrollista cae brutalmente en este servilismo a los poderes opresores.

Un segundo aspecto importante de la planificación académica lo constituye la determinación de los objetivos generales y específicos de cada materia en función de los objetivos de las carreras. No es indiferente a los efectos de la conscientización cómo se desarrolla el programa de una materia concreta. Después insistiremos en las metodologías pedagógicas apropiadas, pero digamos desde ya que la conscientización exige que los programas más importantes en la formación científica reciban un tratamiento peculiar a partir de los datos suministrados por nuestra realidad circulante, y no a partir de los datos y problemas de sociedades extrañas. Es un error muy grave dejar al arbitrio de cada profesor el desarrollo de los diversos programas, como si en ese desarrollo no se cifrara, en última instancia, la posibilidad o bloqueamiento del trabajo conscientizador. De ahí que la planificación contemple una precisión de los programas, y esta precisión provenga de alguien que sea profundo conocedor de nuestra realidad. Quizá alguien se pregunte dónde queda entonces el papel activo y creador del profesor. La respuesta es bien simple: no tanto en los problemas tratados como en la manera de abordarlos y de resolverlos. Lo que, si bien se piensa, es mucho.

En definitiva, la planificación académica, si quiere propiciar la conscientización, debe esforzarse por que sean los problemas reales del país los que están a la base de las carreras, su organización y desarrollo, las materias, los programas y los trabajos exigidos.

Ahora bien, todos conocemos demasiado esas comisiones planificadoras que quieren pensar una realidad miserable desde una realidad lujosa, que quieren resolver la opresión desde despachos asépticos que huelen a aire acondicionado y a inglés de Miami. En última instancia, y por más buena voluntad de que dispongan, les faltan esquemas vitales para captar las dimensiones más profundas de la realidad. Entiéndaseme: no pretendo decir que los planificadores deban realizar su trabajo en tugurios, aunque de vez en cuando no les vendría mal intentar hacerlo. Lo que estoy insinuando es la necesidad de que, en el trabajo planificador, entre de una u otra manera el reclamo angustioso del pueblo. En otras palabras, que se suprima el mito de que la mejor planificación es una planificación en frío, sin sentimientos. El continuo estado de emergencia en que viven nuestros pueblos convierten esta frialdad en cinismo, y sus productos en sarcasmos inadmisibles.

Por otro lado, es importante subrayar el valor que hay que conceder en la planificación académica a todo lo que es investigación y proyección social. Una buena planificación debe ser una planificación flexible en sus requisitos formales, a fin de poderse adaptar a las demandas verdaderas de la realidad nacional, así como a las diversas opciones posibles que permitan la innovación y la creatividad de que estamos tan necesitados.

En cuanto a la **planificación presupuestaria**, constituye una condición esencial para la verificación de los objetivos propuestos por la planificación académica. Es importante que se dé una real subordinación de los recursos a los objetivos propuestos por la cabeza universitaria. En este sentido, la planificación económica será un test sobre la veracidad de las intenciones conscientizadoras de una Universidad. De hecho, la administración representa una seria amenaza en nuestro medio para todo trabajo liberador. Muy a menudo se emplea la penuria económica como argumento último para justificar y disculpar el que no se realice ningún trabajo de conscientización. Por supuesto, siempre se añade que esa inhibición es provisional, pero todos sabemos que hay provisionalidades perpetuas. Otras veces, existe una subordinación fáctica del quehacer académico al quehacer administrativo, como si lo más importante de la Universidad fuera mantener un buen orden en sus regulaciones de exámenes, notas, pagos de cuotas, etc. Esto es bien trágico, pues coarta la necesaria libertad del trabajo académico; de hecho, en muchas de nuestras Universidades pareciera que el primer principio es aquél de "ley y orden". La planificación presupuestaria debe dar, pues, viabilidad y veracidad a los objetivos conscientizadores de la planificación académica.

El segundo mecanismo estructural, de gran importancia en vistas a la labor conscientizadora, es la **política de personal**. ¿Existen en nuestras Universidades criterios adecuados para la selección del personal académico? De hecho, no cualquier individuo sirve para realizar objetivos conscientizadores, aunque no todos deban realizar el mismo tipo de trabajo ni haya que demandar a todos la misma conciencia y capacidad conscientizadora. Ahora bien, aquí se aplica en todo su rigor lo que antes afirmábamos sobre la opción ideológica de la Universidad frente a un falaz universalismo. Es mentira que la Universidad haya estado en alguna parte o en algún tiempo abierta a todos. En este sentido, es falso que la Universidad haya sido alguna vez verdaderamente universal. Y esto porque, fundamentalmente, el pueblo nunca ha tenido abiertas las puertas de la Universidad. La Universidad ha sido una institución elitista, y es absurdo engañarnos con grandilocuencias pseudodemocráticas, que, en el fondo, no hacen sino recubrir nuestra reticencia a poner la Universidad al servicio de los oprimidos. No ha habido universalidad de ideas ni problemas, pero tampoco de personas. Por ello, nadie debe escandalizarse de que postulemos unos criterios para la selección del personal. Estos criterios no sólo deben contemplar la calidad científica y pedagógica de un determinado académico, sino también su ideología y su opción vital. No hay que olvidar que, en última instancia, es el profesor la imagen modélica más inmediata que el estudiante tiene sobre lo que debe ser o no un profesional y que es el profesor el que lleva a la práctica o bloquea la puesta en marcha de los procesos conscientizadores. Por ello, y con todos los matices que se quiera, hay que subrayar que, si la Universidad opta por un trabajo conscientizador y liberador, debe ser selectiva respecto a los académicos que acepta en su claustro.

Otro punto diferente son los criterios de selección del estudiantado. En este sentido, hay que evaluar las posibilidades reales de la Universidad, así como las posibilidades del futuro estudiante. Hay un gran mito en cuanto a la democratización de la Universidad, como si democratización fuera abrir las puertas de la Universidad a todos. Si las universidades no cambian, abrir las puertas a todos (que no son todos, sino algunos más) sería igual a multiplicar el número de opresores en potencia. El punto central está en ver a qué intereses sirve realmente la Univer-

sidad. Con esto no niego que un mecanismo valioso para la conscientización de la propia Universidad lo constituya el hacer posible que lleguen a ella estudiantes de menos recursos. Pero la experiencia de las Universidades nacionales, donde la educación suele ser casi gratuita (lo que quiere decir pagada por el presupuesto del pueblo), debiera aleccionarnos sobre la eficacia de una política de puertas abiertas.

El tercer mecanismo estructural que debemos considerar es el de la **metodología pedagógica**. Conviene insistir desde el principio en el carácter instrumental de la pedagogía. El sentido último de la pedagogía es el de encaminar el trabajo académico hacia el cumplimiento adecuado de los fines perseguidos. En otras palabras, la pedagogía trata de ligar internamente los programas y recursos disponibles con los objetivos.

En principio, la pedagogía, junto con los contenidos programáticos, persigue la transmisión de unas estructuras formales de conocimiento, así como el dominio de una serie de métodos, técnicas, habilidades y contenidos informativos. Pero, junto a ello o a su base, se va transmitiendo también una estructura valorativa y actitudinal, es decir, una ideología<sup>4</sup>.

Existen muchos métodos pedagógicos: el magisterial, el seminarial, los laboratorios, el trabajo en tutoría, la investigación participada, etc., y es conveniente que la Universidad haga posible la aplicación de estas diversas metodologías, según los casos. Ahora bien, debe quedar muy claro que las diversas materias pueden hacer más recomendable un método pedagógico que otro y, lo que es más importante, que no cualquier método pedagógico sirve sin más para cumplir determinados objetivos. Todos los métodos arriba citados pueden ser conscientizadores, pero no con todos ellos se puede llevar a cabo, por ejemplo, un objetivo de conocimiento de la realidad.

Por otro lado, tanto el método pedagógico empleado como su aplicación concreta, definen el ámbito posible de conscientización. Cuando Freire habla de una pedagogía del oprimido, está afirmando claramente que no sirve para la liberación una pedagogía con o para el oprimido. Hay quienes, en este sentido, se engañan: el hecho de hacer ciertas afirmaciones o tratar ciertos problemas en una clase magistral no quiere decir que ya se haya realizado un trabajo conscientizador. La conscientización, no lo olvidemos, es algo mucho más profundo que eso. Con ello no negamos que una disertación magisterial pueda ser conscientizadora; lo que afirmamos es que la conscientización no viene sin más del hecho de que se hable de ciertas cosas o problemas.

La pedagogía será más o menos conscientizadora según pueda poner en práctica determinadas características o no. De por sí, un método pedagógico tiene tantas más posibilidades conscientizadoras cuanto pueda ser más activo, crítico, comunitario y dialéctico. La actividad opone en pedagogía la participación dinámica del estudiante a una participación meramente pasiva, haciendo de él un sujeto y no un objeto del trabajo formativo. La criticidad pedagógica se opone a toda forma de relación "bancaria" (Freire), en la que se engullen contenidos prefabricados y se cifra el ideal en la capacidad memorística para retener y acumular más y más datos (lo que supone una cosificación de la cultura). El carácter comunitario se opone a las normas pedagógicas de competitividad e indivi-

---

4 Ver mi ponencia en III Seminario FUPAC, "Hacia una docencia liberadora". *Universidades* (México), 1972, 50, 9-26.

dualismo, que refuerzan las tendencias más antisociales de las personas, propiciando en ellas una percepción egoísta de la realidad. Finalmente, la dialéctica de la pedagogía pone al grupo académico frente a los problemas de la realidad, y no frente a problemas fingidos o inventados, problemas idealistas o de mundos extraños.

Cuando un método pedagógico puede reunir estas cuatro condiciones tiene unas potencialidades conscientizadoras mucho mayores que cuando no tiene más que una u otra de estas características. Ahora bien, esto dicho, es claro que no todas las materias permiten una metodología pedagógica de este tipo. Por ello, una programación bien balanceada coordinará los diversos métodos pedagógicos con las diversas materias y objetivos. Lo que es absurdo es pensar que se está realizando una labor pedagógica liberadora cuando la gran mayoría del trabajo académico realizado emplea aquellas formas pedagógicas que menos potencialidades conscientizadoras posee, lo que es el caso de la clase magisterial.

Quiero subrayar, a este propósito, el excepcional valor conscientizador de lo que he llamado investigación participada. Posiblemente la mayor parte del estudiantado no esté todavía capacitado para llevar a cabo una investigación con un mínimo de seriedad científica. Sin embargo, sí puede participar, y participar muy activamente en ella. Yo pienso que la investigación es uno de los mejores métodos docentes y conscientizadores. La razón es bien obvia: nuestra realidad es tan tremendamente subversiva por sí misma, tan dicente en sus datos, que el sólo contacto directo con ella fuerza a una nueva conciencia. En este sentido, habría que multiplicar lo que pudiéramos llamar cursos de investigación participada como exigencia muy central de los currícula.

En última instancia, la diferencia entre un trabajo académico conscientizador y uno no conscientizador sólo se podrá apreciar en los resultados reales obtenidos. De ahí la importancia primordial que tienen los **sistemas de evaluación**. Este sería el cuarto y último mecanismo estructural sobre el que me parece importante reflexionar aquí.

El sentido más genuino de toda evaluación se cifra en medir y, si es posible cuantificar la realización de los objetivos propuestos; en captar los fallos cometidos así como las lagunas dejadas, y en suministrar finalmente una información retroalimentadora (Feedback) que permita mejorar las sucesivas realizaciones. La evaluación no es, pues, una mera medición final, sino que es un instrumento importantísimo de trabajo, en términos psicológicos, un verdadero refuerzo. Sin una continua evaluación es muy difícil llevar a cabo un trabajo educativo eficaz.

Ahora bien, de hecho la evaluación se ha cosificado de la manera más increíble, alterando con ello su sentido más genuino y, lo que es peor, contradiciendo y bloqueando incluso su finalidad. Los exámenes, por ejemplo, son en principio un instrumento de evaluación; sin embargo, sus resultados han llegado a convertirse en el verdadero objetivo del trabajo estudiantil. Lo que importa no es aprender; lo que importa es sacar una buena calificación. Lo que importa no es adquirir las habilidades; lo importante es pasar los exámenes correspondientes. El título representaría, en este sentido, la suma de los resultados obtenidos en los sucesivos exámenes, y no el testimonio de un verdadero aprendizaje. Ahora bien, con ello las notas y calificaciones se convierten en un telón que oculta la realidad, bloquean el acceso a ella e impiden la profundización conscientizadora del trabajo universitario. Son las notas uno de los obstáculos más

fuertes con que se topa el académico cuando pretende enfrentar un trabajo de conscientización. Al estudiante no le preocupa la realidad; le preocupa la nota.

Sin embargo, la evaluación puede y debe convertirse en uno de los instrumentos más eficaces para la labor conscientizadora. Para ello, habrá que enfocar la evaluación, no a superar unas dificultades puramente artificiales, sino a medir el conocimiento adquirido de la realidad y en la realidad; a probar la capacidad lograda de resolver pruebas o problemas reales. Con ello, la evaluación no sólo realizará una función de centramiento del trabajo universitario (que incluso podría prescindir en gran parte de las tradicionales calificaciones), sino que aportará una continua medida de la realidad sobre ese quehacer académico. La evaluación debería suponer la opinión de los marginados y oprimidos, la voz del pueblo, haciéndose oír sobre el valor de lo realizado en la Universidad. Así enfocada, la evaluación no sólo sería un elemento más de conscientización, sino que sería probablemente el mecanismo más eficaz para que la conscientización no se quedara en meras palabras y propósitos grandilocuentes.

Los mecanismos complementarios y los estructurales no son necesariamente exclusivos; por el contrario, gran parte de su eficacia depende de que se apliquen simultáneamente. Es muy posible que el trabajo más peculiarmente universitario sea el de la conscientización, es decir, aquel trabajo científico que, mediante la denuncia crítica de los problemas y sus causas, y el anuncio elaborado de posibles soluciones, transforma las conciencias y señala caminos de liberación. Si esto es así, indudablemente nuestras Universidades no deben escatimar medio alguno que pueda contribuir eficazmente a una mejor realización de esa misión histórica.

#### **4.—Límites de la conscientización universitaria.**

Así como es importante partir de un análisis de la realidad para saber dónde se enraiza nuestro trabajo universitario, es muy importante reflexionar, así sea brevemente, sobre los límites de este trabajo. Es decir, hace falta tomar conciencia de dónde sí y dónde no puede incidir realmente el quehacer conscientizador de la Universidad. Una postura bien peligrosa es la del que ignora sus posibilidades y límites. Como decíamos antes, nada hay más peligroso que el ignorante que cree saber. En este sentido, es muy posible que la Universidad latinoamericana tenga que reconocer haber pecado mucho y muy ingenuamente.

Podemos distinguir dos tipos de limitaciones al trabajo conscientizador de la Universidad: aquellos límites impuestos por la misma realidad universitaria, en primer lugar, y aquellos que provienen del ámbito en que se mueve, en segundo lugar.

##### **4.1.—Límites por la realidad misma de la Universidad.**

Es cierto que la Universidad constituye en nuestro medio social un poder, de no poca envergadura. Pero no se puede olvidar que no es más que un poder y, en el concierto de fuerzas, no el más potente. De hecho, el poder de la Universidad se cifra en su capacidad pensante, en su capacidad de ser conciencia crítica y creadora. Si la Universidad no piensa, si no ejerce el poder de la ciencia, queda desarmada, inerme. Una Universidad que no piensa es una Universidad fracasada. En este sentido, me parece un grave error tratar de convertir a la Universidad en aquello que, por su misma identidad, ni es ni puede llegar a ser. Por ejemplo, tratar de convertirla en una especie de partido político.

Hay que reconocer que la Universidad es un poder muy inferior al poder económico, al militar e, incluso, al eclesiástico. Por ello, la Universidad debe tratar de potenciarse allá donde realmente está cifrada su fuerza, es decir, en el aspecto consciencial. Conciencia debe implicar ciencia. Y la Universidad debe aplicar su ciencia al análisis de los problemas estructurales de la realidad y a presentar soluciones viables así como a capacitar a quienes puedan reeditarlas. En este sentido, la Universidad propone, no dispone, ni menos impone. Si la Universidad no ejerce su capacidad de proponer, la verdad es que terminará por no poner nada propio en la construcción de una realidad nueva.

Por otro lado, no hay que perder de vista las posibilidades limitadas de la Universidad por causa del personal académico. Los académicos, mal que nos pese, constituimos un grupo social característico, con valores, pautas y costumbres más cercanos a la burguesía que a cualquier otra clase social. Por tanto, también nuestro grupo tienen un máximo de conciencia posible, más allá del cual no podremos ir sin cambiar como grupo. Es muy posible que la conciencia de la Universidad, estructuralmente considerada, se sitúe a niveles distintos que el nivel de conciencia personal de cada profesor. En unos casos, su conciencia será más profunda, en otros, más superficial. Pero, de cualquier manera, la Universidad se va realizando y va plasmando sus objetivos a través del trabajo del personal académico. Personal con muchas limitaciones, y no sólo en cuanto a conciencia de la realidad. La verdad es que muchos aspectos de nuestra sociedad se nos escapan; que no podemos captar elementos bien fundamentales de nuestros problemas. Todo ello marca un límite a la Universidad, incluso en aquella tarea que le es propia y donde dispone de poder. Es importante, pues, tomar también conciencia de estas limitaciones debidas al personal académico.

Finalmente, no hay que olvidar el papel limitado que respecto a la liberación de nuestros pueblos puede ejercer la conciencia. La Universidad se quiere conciencia crítica y creadora. Sabemos que la conciencia es dinámica y de ahí, como decíamos antes, la fuerza de la Universidad. Sabemos que la conciencia tiene su propio peso y esperamos que ese peso (ese "cargó de conciencia"), inclinará la balanza de la historia. Sin embargo, no es propio de la Universidad convertirse en ejecutora activa de las directrices a las que apunta la conciencia. No pertenece a la Universidad ejecutar ni siquiera aquellos cambios que han sido inspirados y propugnados por ella. Eso, la ejecución, requieren otro tipo de poder y otro tipo de organización, que ni tiene ni es de la competencia de la Universidad. Es bien importante subrayar este límite para que ni se pida a la Universidad lo que no debe dar, ni se pretenda convertir a la Universidad en lo que no debe ser. O creemos o no creemos en la operatividad de la ciencia y de la conciencia. Si creemos, habremos de dejar que opere; si no creemos, y queremos que cambien nuestras sociedades, lo mejor que podemos hacer es dejar la Universidad y dedicarnos a otras labores. Conozco a no pocos que han tomado esta última opción.

#### **4.2.—Límites por el ámbito en que se mueve la Universidad.**

Fuera de los límites intrínsecos a la Universidad, se encuentran aquellas otras limitaciones provenientes de la ubicación e incardinación histórica de la Universidad. Y los primeros límites vienen impuestos, naturalmente, por la estructura socio-política. No conviene engañarse sobre los márgenes de acción que le son permitidos a nuestras Universidades.

**Las todavía recientes intervenciones por parte del poder político-militar de algunas Universidades centroamericanas son amargas lecciones que deben ser aprendidas. Es muy claro que los actuales poderes políticos, cada vez más militarizados y más presionados por las angustias del poder económico, ya no tienen demasiado miedo a la colisión abierta con la Universidad. Por lo menos, mientras la Universidad no sea más que un ámbito elitista y paranoide. Incluso le interesa al poder político este tipo de conflictos, que esconden problemas más graves. Por tanto, ignorar este condicionamiento es apostar a seguro perdedor.**

Para terminar, se dan también limitaciones que provienen del ámbito socio-histórico. De hecho, el trabajo de conscientización opera en un pueblo, en un momento de su historia, en una situación que presenta un determinado balance de fuerzas. No hay reglas ciertas ni fijas. Pero algo sí es evidente: y es que las coyunturas históricas, tanto a nivel nacional como internacional, son diferentes y presentan oportunidades muy distintas. A la Universidad, a su capacidad para saber leer los signos históricos, le tocará discernirlos y aprovecharlos al máximo.

### **5.—A manera de conclusión.**

Es importante conocer nuestros límites, como es importante conocer nuestras fuerzas y posibilidades. Más importante es, todavía, conocer las necesidades del pueblo y capacitarnos para que nuestras Universidades respondan a ellas. Una Universidad que, bajo una u otra disculpa, nunca realice un esfuerzo conscientizador ni entre nunca en conflicto con los poderes establecidos en apoyo de los oprimidos, difícilmente puede ser considerada una Universidad centroamericana. Por lo menos, nuestros pueblos no la reconocerán como suya.

Sin embargo, es importante que analicemos con todo cuidado en qué medida estamos al servicio de este objetivo liberador, en qué medida las estructuras de nuestra universidad buscan realizar un trabajo conscientizador o no. Frente a la necesidad imperiosa de conscientizar, la exigencia para nosotros de un serio examen de conciencia. Un examen realista, descarnado, pero que conduzca a unas conclusiones prácticas y viables. Nuestra reflexión debe abocar a la praxis. Un pensamiento que no sea capaz de operar sobre la realidad es un pensamiento vano. Y no están nuestros pueblos para pensamientos vanos ni para florilegios de elocuencia.